

mirada fija, sin duda en otra mirada. Después, con paso lento, con la cabeza erguida, con los brazos caídos y los dedos de las manos separados como cuando se anda á oscuras por un lugar desconocido, se dirigió hácia el espejillo y desapareció.

Un momento después, en lugar de una sombra en la arena habia dos, dos que se confundian, y Gilliatt veia á sus pies alzarse aquellas dos sombras.

El tiempo huye de nosotros como de un reloj de arena, y nosotros no tenemos el sentimiento de esta fuga, sobre todo en ciertos instantes supremos.

A un lado aquella pareja, que ignoraba que tuviese un testigo y no le veía, al otro este mismo testigo que no veía tampoco á la pareja, pero que sabia que estaba allí, ¿cuántos minutos permanecerian en semejante suspensión misteriosa?

Seria imposible decirlo.

Se oyó de repente un ruido lejano, y una voz gritó: ¡Socorro! y sonó la campana del puerto. Es probable que la felicidad, celestial y ébria, no oyese el tumulto.

Siguió el repique de la campana. El que hubiera buscado á Gilliatt en el ángulo de la pared, no le hubiera encontrado.

LIBRO SEGUNDO

EL RECONOCIMIENTO EN PLENO DESPOTISMO.



I.

ALEGRIA RODEADA DE ANGUSTIAS.

Mess Lethierry agitaba la campana con entusiasmo. De pronto se detuvo. Un hombre acababa de volver el ángulo del malecon. Era Gilliatt.

Mess Lethierry corrió hácia él, ó, por mejor decir, se echó á él, le cogió la mano con las dos suyas, y le miró un momento con los dos ojos y en silencio, uno de aquellos silencios que son la esplosion que no sabe por dónde salir.

Despues con violencia, sacudiéndole y tirando de él, y apretándole en sus brazos, hizo entrar á Gilliatt en la sala baja de los Braveés, cuya puerta, que quedó medio

abierta, empujó con el pie, se sentó, ó cayó, en una silla, al lado de una gran mesa alumbrada por la luna, cuyo reflejo blanqueaba vagamente el semblante de Gilliatt, y con una voz en que se mezclaban carcajadas y sollozos, exclamó:

—¡Ah! ¡hijo mio! ¡el hombre del bug-pipe! ¡Gilliatt! ¡ya sabia yo que eras tú! ¡La panza, voto á san! cuéntamelo todo. ¿Has ido, pues, allí? Cien años atrás te hubieran quemado. Aquí hay mágia. No falta ni un tornillo. Lo he mirado, tocado, reconocido todo. Adivino que las ruedas están en las dos cajas. ¡Te tengo ya aquí! Te he buscado en tu camarote. He tocado la campana. Te buscaba. Yo me decia: ¿Dónde está para que me lo coma! Preciso es convenir en que pasan cosas extraordinarias. Este animal vuelve del escollo Douvres. Me trae la vida. ¡Fuego de Dios! eres un ángel. Sí, sí, sí, es mi máquina. Nadie lo creerá. Lo verán, y dirán: No es verdad. ¡No falta nada, nada! Ni una serpentina, ni un piton. El tubo de coger el agua no ha hecho movimiento. Es increíble que no haya habido avería. No hay mas que dar á todo con un poco de aceite. ¿Pero cómo lo has hecho? ¡Y decir que Duranda va á viajar de nuevo! El árbol de las ruedas está desmontado como por un joyero. Dame tu palabra de honor de que no estoy loco.

Se puso en pie, respiró, y prosiguió:

—Júramelo. ¡Qué revolucion! Me pellizco, para saber si estoy soñando. No sueño. Tú eres mi hijo, mi querido hijo, mi buen Dios. ¡Hijo mio! ¡Haber ido á buscar mi

pobre máquina! ¡En plena mar! ¡en el mas pícaro de los escollos! He visto cosas muy maravillosas en el curso de mi vida. Pero ninguna como ésta. He visto á los parisienses que son de la piel del diablo. Te aseguro que no harian lo que has hecho tú. Lo que has hecho tú es mas que la toma de la Bastilla. He visto á los gauchos cultivar las pampas (1), no tienen mas arado que una rama de árbol que forma codillo, ni mas rastrillo que una hoz de espinas con una cuerda de cuero, y cogen granos de trigo grandes como avellanas. Todo es una vagatela comparado con lo tuyo. Has hecho un milagro, un verdadero milagro. ¡Ah! ¡picaruelo! Abrázame. Todo el pais te deberá su prosperidad. ¡Van á refunfunar en Saint-Sampson! Voy á ocuparme desde luego en hacer otra barquilla. Es admirable, la máquina no tiene nada roto. Señores, ha ido á los Douvres. Y ha ido enteramente solo. ¡Los Douvres! un peñasco que no hay otro peor. ¿Lo sabes? ¿te lo han dicho? está probado, fue hecho adrede, Clubin hizo encallar la Duranda para estafarme el dinero que tenia que entregarme. Emborrachó á Tangrouille. Es una piratería larga de contar; te la contaré otro dia. ¡Y yo, bestia de mí, que tenia confianza en Clubin! Pero él lo habrá pagado, el pícaro, porque no habrá podido salir del escollo. ¡Hay un Dios, canalla! ¡Lo ves, Gilliatt? pronto, manos á la obra, vamos á construir otra Duranda. Le daremos veinte pies mas. Hoy se hacen los buques mas largos.

(1) Llanuras estensas de América.

Compraré madera en Dantzick y en Brema. Ahora, que tengo la máquina, me fiarán. Renacerá la confianza.

Mess Lethierry se detuvo, levantó los ojos, y con una mirada que parecía ver el cielo atravesando el techo, dijo entre dientes: Hay Dios.

Después se puso el dedo medio de la mano derecha entre las dos cejas, con la uña apoyada en la raíz de la nariz, lo que indica que cruza un proyecto por el cerebro, y repuso:

—Es igual; pero para empezarlo todo en grande escala, no me hubiera venido mal un poco de metálico sonante. ¡Ah! ¡si yo tuviese mis tres bank-notes, los 75,000 francos que ese pillastre de Rantaine me ha devuelto y que ese pillastre de Clubin me ha robado!

Gilliat, sin decir una palabra, sacó de su bolsillo algo y se lo puso delante. Era el cinto de cuero que había traído. Lo abrió y dejó encima de la mesa el cinto, en cuyo interior permitía la luna leer el apellido de *Clubin*; sacó del cinto una caja, y de la caja tres pedazos de papel doblados que desdobló y presentó á mess Lethierry.

Mess Lethierry examinó los tres pedazos de papel. Había bastante claridad para que el número mil y la palabra *Thousand* fuesen perfectamente visibles. Mess Lethierry cogió los tres billetes; los colocó encima de la mesa uno al lado de otro, los miró, miró á Gilliat, quedó un momento como privado, y después aquello fue como una erupción después de una explosión.

—¡Esto mas! ¡Eres prodigioso! ¡Mis billetes de banco!

¡Los tres! ¡mil cada uno! ¡mis 75,000 francos! Has, ido pues, hasta el infierno. Es el cinto de Clubin. ¡Válgame Dios! leo dentro un nombre inmundito. Gilliat trae la máquina, y además el dinero. Es un hecho que bien merece consignarse en los periódicos. Compraré madera de primera calidad. Todo lo adivino, habrás encontrado el esqueleto. Habrás encontrado á Clubin podrido en cualquier parte. Tomaremos el abeto en Dantzick y el roble en Brema, haremos un buen casco, pondremos el roble dentro y el abeto fuera. En otro tiempo estaban los buques peor contruidos y duraban mas, porque la madera estaba mejor curada y no se construía tanto. Acaso hagamos el casco de olmo. El olmo es bueno para las partes anegadas, y si está tan pronto en seco como en el mar, se pudre; es menester que el olmo esté siempre mojado, que se cubra de agua. ¡Qué hermosa Duranda vamos á tener! No me harán la forzosa. No tendré necesidad de crédito. Tengo el dinero contante. ¿Se ha visto algo parecido á Gilliat? Yo estaba hundido, aplastado, muerto. ¡Y él me levanta en un quitame allá esas pajas! ¡Y yo que ni siquiera pensaba en él! Me había olvidado completamente. Pero ahora me acuerdo de todo! ¡Pobre muchacho! Ya lo sabía, vas á casarte con Deruchette.

Gilliat se apoyó de espaldas en la pared, como si vacilase, y muy quedo, pero muy distintamente, dijo:

—No.

Mess Lethierry espermentó un sobresalto.

—¿Cómo no?